

Garrett Ryan

ESTATUAS DESNUDAS,
GLADIADORES GORDOS
Y ELEFANTES DE GUERRA

Las preguntas más frecuentes sobre
los antiguos griegos y romanos

Traducción del inglés:
Javier Alonso López

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prefacio</i>	13

PARTE I VIDA COTIDIANA

1. ¿POR QUÉ LOS GRIEGOS Y LOS ROMANOS NO LLEVABAN PANTALONES?	17
2. ¿CÓMO SE AFEITABAN?	21
3. ¿QUÉ MASCOTAS TENÍAN?	27
4. ¿UTILIZABAN ALGUNA FORMA DE CONTROL DE LA NATALIDAD?	31
5. ¿QUÉ POSIBILIDADES TENÍAN DE SOBREVIVIR A UNA CIRUGÍA?	35
6. ¿CUÁLES ERAN LOS MANJARES MÁS EXQUISITOS?	39
7. ¿CUÁNTO VINO BEBÍAN?	45
8. ¿CÓMO CONTABAN EL TIEMPO?	53

PARTE II SOCIEDAD

9. ¿CUÁNTO VIVÍAN?	61
10. ¿CUÁNTO MEDÍAN?	67
11. ¿CUÁNTO DINERO GANABAN?	71

12. ¿ERAN PELIGROSAS SUS CIUDADES?	77
13. ¿LIBERABAN A SUS ESCLAVOS CON MUCHA FRECUENCIA?	85
14. ¿ERA MUY HABITUAL EL DIVORCIO?	91
15. ¿ERAN POLÉMICAS LAS RELACIONES ENTRE HOMBRES Y JÓVENES?	95
16. ¿POR QUÉ HAY TANTAS ESTATUAS DESNUDAS?	101

PARTE III CREENCIAS

17. ¿SE CREÍAN SUS MITOS?	109
18. ¿CREÍAN EN ESPÍRITUS, MONSTRUOS Y/O EXTRATERRESTRES?	115
19. ¿PRACTICABAN LA MAGIA?	125
20. ¿REALIZABAN SACRIFICIOS HUMANOS?	131
21. ¿FLIPABA EL ORÁCULO DE DELFOS?	137
22. ¿HASTA CUÁNDO SOBREVIVió EL PAGANISMO?	143

PARTE IV DEPORTES Y OCIO

23. ¿HABÍA ATLETAS PROFESIONALES?	151
24. ¿CÓMO HACÍAN DEPORTE? ¿CORRÍAN O LEVANTABAN PESAS? ...	161
25. ¿VIAJABAN POR PLACER?	167
26. ¿CÓMO SE CONSTRUYó EL COLISEO EN MENOS DE UNA DÉCADA?	173
27. ¿CÓMO SE CAPTURABAN LOS ANIMALES PARA EL COLISEO? ...	179
28. ¿ESTABAN GORDOS LOS GLADIADORES? ¿HASTA QUÉ PUNTO ERA MORTAL UN COMBATE DE ESTOS?	185

PARTE V GUERRA Y POLÍTICA

29. ¿CÓMO SE UTILIZABAN LOS ELEFANTES EN BATALLA?	195
30. ¿CÓMO SE TOMABAN LAS CIUDADES FORTIFICADAS?	203
31. ¿HABÍA UNA POLICÍA SECRETA, ESPÍAS O ASESINOS?	211

32. ¿POR QUÉ NO CONQUISTARON LOS ROMANOS GERMANIA O LA ISLA DE IRLANDA?	217
--	-----

PARTE VI
LEGADO

33. ¿QUÉ LE OCURRIÓ A LA CIUDAD DE ROMA DESPUÉS DE QUE CAYERA EL IMPERIO?	227
34. ¿QUÉ PASÓ CON EL CUERPO DE ALEJANDRO MAGNO? ¿SE HA DESCUBIERTO INTACTA LA TUMBA DE ALGÚN GOBERNANTE ROMANO?	235
35. ¿POR QUÉ EVOLUCIONÓ EL LATÍN HACIA DIVERSAS LENGUAS? ¿POR QUÉ NO OCURRIÓ LO MISMO CON EL GRIEGO?	243
36. ¿PUEDE ALGUNA FAMILIA RASTREAR SU ASCENDENCIA HASTA LOS GRIEGOS O ROMANOS?	249
<i>Apéndice. Una muy breve historia del mundo clásico</i>	253
<i>Lecturas adicionales</i>	277
<i>Notas</i>	287

Prefacio

Hace unos pocos años, mientras daba clases en la Universidad de Michigan, llevé a una de mis clases al Instituto de Artes de Detroit. Cuando estábamos acabando nuestro recorrido por las galerías de Grecia y Roma antiguas, se me acercó un estudiante. Se inclinó en actitud conspiratoria y murmuró: «Doctor, Ryan, tengo que preguntárselo. ¿Por qué hay tantas estatuas griegas desnudas?».

Este libro responde a esta pregunta y a varias docenas más. Si alguna vez se ha preguntado cuándo comenzaron los romanos a llevar pantalones, si los griegos se creían sus mitos, cuáles eran los trabajos mejor pagados en el mundo antiguo o cómo se capturaban los leones para el Coliseo, ha llegado usted al lugar indicado. Misterios y magia, gladiadores y asesinos, buen vino y elefantes de guerra: este libro lo tiene todo.

Mis respuestas son, nada más y nada menos, que sucintos resúmenes de estudios académicos salpimentados con anécdotas de las fuentes antiguas¹ y aderezados con las más excelentes ilustraciones que puede ofrecer el dominio público. No pretenden ser exhaustivas —hay demasiado que decir para tan pocas páginas—, pero espero sinceramente que inspiren a la lectura de textos más profundos.

Ninguna respuesta asume más que los conocimientos básicos sobre griegos y romanos. Sin embargo, puesto que un poco de contexto puede resultar de mucho provecho, he incluido una historia muy breve del mundo clásico en el apéndice al final del libro. Si le gustaría comenzar con la imagen general, le animo a que lea esta historia lo primero. De lo contrario, sumérjase directamente en las preguntas.

PARTE I
VIDA COTIDIANA

¿POR QUÉ LOS GRIEGOS Y LOS ROMANOS NO LLEVABAN PANTALONES?

Usted camina por una concurrida calle de la Atenas clásica. Es una mañana de verano —calurosa, pero no demasiado para hacer recados—. Las paredes blancas brillan al sol. Un murmullo de griego atraviesa el aire polvoriento. El delicioso aroma de los pasteles de miel, amontonados en un puesto cercano, compite con el inconfundible hedor de una ciudad sin sistema de alcantarillado.

La mayoría de los viandantes son hombres. La mayoría de estos hombres no van medio desnudos. Algunos llevan un manto envuelto alrededor del torso. El resto pasea con unas túnicas sueltas que llegan a la rodilla. Las pocas mujeres que pueden verse llevan túnicas más largas, ajustadas a los hombros con unos largos alfileres.¹ Tanto en mujeres como en hombres, las ropas de los pobres son de una lana incolora de tono blanquecino. Los más pudientes van emplumados con toda una escala de tonalidades amarillas, verdes y marrones.²

Ahora se transporta usted a una calle de la Roma de principios del Imperio. Aunque es cerca del mediodía (u *hora sexta*, como dicen los romanos), la calle todavía está oscura, ensombrecida por los altos edificios de apartamentos de la otra acera. Un lodo fétido hace que los adoquines bajo los pies resulten resbaladizos. El humo se escapa por la puerta de una taberna al otro lado de la calle, llevando consigo un aroma de garbanzos tostados. Una algarabía multilingüe le llena los oídos, mientras agobiados peatones pasan corriendo a su lado, todos ellos vestidos de una manera muy diferente a la de Atenas.

Unos pocos hombres llevan togas. Una toga desdoblada es una gran extensión de lana de más de seis metros de longitud. Sumergirse en este mar de lana es un proceso tan complicado que, a menudo, los aristócratas recurren a un esclavo cuya función principal es plegarla y extenderla. Puesto que caminar con una toga es un arte y una ordalía a partes iguales —cualquier olvido de mantener el brazo izquierdo en el ángulo correcto significa la muerte de todos esos cuidadosos pliegues—, la mayoría de los hombres de nuestra calle han dejados sus togas en casa y van a trabajar con una túnica corta. Algunas mujeres van envueltas en el manto tradicional de las matronas romanas. El resto llevan túnicas largas con una explosión de colores.

Tanto las prendas griegas como las romanas se colocaban directamente sobre el cuerpo. Fuesen de lino, lana o algodón,³ estas prendas plegadas se adaptaban bien al clima mediterráneo y se adaptaban convenientemente a los cambios sociales o climatológicos. Algunas prendas, como la toga, requerían una atención constante para ser llevadas correctamente. Todas carecían de bolsillos.⁴

Podría parecer que este sería un mundo que pedía a gritos la aparición de los pantalones. Sin embargo, con unas pocas excepciones —como el excéntrico emperador Heliogábalo, al que le encantaba



De izquierda a derecha: un hombre griego envuelto en un manto (*himatión*), una mujer griega con túnica (*chitón*), un hombre romano con toga y una matrona romana con un manto (*palla*).

vestir pantalones de seda—⁵ los griegos y los romanos consideraban los pantalones como algo propio de bárbaros. A los atenienses les recordaban a los persas, que habían invadido Grecia en un número abrumador y vestían unos pantalones amplios. Los romanos los asociaban con los tatuados y trasegadores de cerveza pueblos del norte, especialmente los germanos.⁶

Sin embargo, al final los romanos dieron su brazo a torcer. El proceso comenzó entre las legiones. Las túnicas hasta la rodilla que llevaban los legionarios, diseñadas para el calor del verano mediterráneo, resultaban desagradablemente aireadas en los inviernos del norte. Inspirándose en la caballería bárbara, los soldados acantonados en climas fríos comenzaron a ajustarse unos calzones cortos de algodón o lana. Pronto, algunos dieron el paso natural de llevar pantalones largos. Sus mandos les siguieron; un emperador del siglo tercero escandalizó a la opinión pública al llevar pantalones (y una peluca rubia flexible) mientras dirigía a las tropas.⁷

En el transcurso del siglo IV, cuando los soldados metidos en política pusieron de moda la ropa militar, los civiles comenzaron a cambiar sus propias túnicas por pantalones. Para el final de ese siglo, la práctica se había generalizado de tal modo que un edicto imperial prohibió los pantalones en la ciudad de Roma. Cualquier hombre que fuera sorprendido con un atuendo tan escandaloso sería detenido, despojado de sus propiedades (y probablemente también de sus pantalones) y enviado a un exilio perpetuo. Sin embargo, la causa ya estaba perdida. En unas pocas décadas, incluso los senadores llevarían pantalones en presencia del emperador.⁸



Tras haber echado un vistazo al triunfo de los pantalones, debemos plantearnos una pregunta más profunda: ¿llevaban ropa interior los griegos y los romanos? Sin duda, la mayoría de las mujeres llevaban unos sujetadores primitivos que llamamos «bandas pectorales».⁹ Aunque existían unas versiones ajustadas con tirantes en los hombros, por lo general se trataba de unas sencillas bandas de tela que rodeaban el

torso. Puesto que los pechos pequeños se consideraban atractivos, las mujeres utilizaban a menudo estas bandas para aplanar sus pechos.¹⁰ Si hemos de dar crédito a los poetas antiguos, también servían como bolsillos improvisados para cualquier cosa, desde cartas de amantes hasta ampollas de veneno. Se decía incluso que las bandas pectorales poseían propiedades medicinales: se afirmaba que una banda usada enrollada alrededor de la cabeza aliviaba las jaquecas.¹¹

Al parecer, los hombres griegos tan solo lucían quemaduras del sol y confianza en sí mismos debajo de sus túnicas. En el mundo romano, unos pocos tradicionalistas llevaban taparrabos bajo sus togas, y los hombres podían lucir una especie de calzoncillo ajustado en los baños. Sin embargo, la mayoría prescindía de la ropa interior y prefería túnicas interiores más aireadas de lino o seda. Aunque eran confortables, estas prendas no favorecían la modestia. Un autor de la antigüedad tardía cuenta una historia de un visitante que se sentó junto a una hoguera frente a san Martín de Tours. El hombre se acomodó sobre el respaldo, extendió las piernas y accidentalmente ofreció al santo una amplia visión de sus genitales.¹²

Para el siglo IV, cuando fue «iluminado» san Martín, la ropa romana ya estaba bien encaminada a convertirse en medieval. Imagínese usted en una calle de la Constantinopla de la antigüedad tardía. Digamos, por ambientar la escena, que es una fresca tarde de otoño, con una brisa salada en el aire y las campanas de las iglesias tañendo bajo esa suave luz. Un pomposo funcionario de la corte pasa luciendo una exquisita versión de la toga tradicional. Los hombres de rango inferior lucen sus túnicas hasta la rodilla con mangas anchas y tantos bordados como puedan permitirse. Las túnicas de las mujeres son más largas, aunque igualmente ondulantes y decoradas. Unos pocos de los peatones más ricos exhiben vestidos de seda ajustada. Unos pocos de los más piadosos llevan tatuajes cristianos en las manos. Pero ni uno solo de ellos, de eso podemos estar seguros, lleva ropa interior.

¿CÓMO SE AFEITABAN?

Adriano fue el más enigmático de los emperadores romanos. Fue un brillante poeta, arquitecto y flautista. Sin embargo, su forma favorita de relajación era la caza del león. Dirigió discusiones académicas con los mayores eruditos del imperio, pero se sentía igualmente cómodo al frente de sus legiones durante una marcha forzada. Fue un amigo generoso y un juez justo. Sin embargo, era arrogante, susceptible y —cuando le pillabas de mal humor— un asesino. Y lo más paradójico de todo: llevaba barba. Durante siglos, la práctica totalidad de romanos prominentes lució un rostro afeitado. Sin embargo, las mejillas de Adriano estuvieron orgullosa y profusamente pobladas de pelo durante sus veintiún años de reinado. Puede que la barba fuera un símbolo de su fascinación por los griegos, un regreso al pasado romano o un guiño a Zeus. O quizás, como especuló algún autor, el emperador tan solo intentaba ocultar las cicatrices provocadas por el acné.¹³

Cualquiera que fuera la razón que tuviera Adriano para llevar barba, fue algo más que un rasgo personal. En el mundo clásico se tomaban muy en serio las barbas. Primero, y por encima de todo, porque eran una divisa de masculinidad.¹⁴ También eran una forma de proclamar un estatus. Ir bien acicalado era la tarjeta de presentación de un caballero, mientras que llevar una barba incipiente e ir desaliñado era un signo de pobreza. El estado de la barba era un adecuado indicador emocional, pues aquellos que estuvieran de luto (y aquellos que quisieran ganarse la simpatía de un tribunal) descuidaban



Adriano y su majestuosa barba.

su aseo facial. Por último, las barbas denotaban cultura: bárbaro, romano o griego.¹⁵

Durante el período clásico, los hombres casi siempre llevaron barba. Aunque las modas cambiaban, el estilo más popular era una barba completa con el labio superior afeitado.¹⁶ El afeitado completo se consideró afeminado hasta el reinado de Alejandro Magno. Entre las muchas peculiaridades del gran conquistador (que iban desde una obsesión por la *Ilíada* hasta el convencimiento de que era, literalmente, hijo de Zeus) se encontraba la de afeitarse con regularidad. No sabemos si Alejandro deseaba subrayar su juventud o simplemente tenía una barba irregular. Sin embargo, sabemos que su inmenso prestigio puso de moda ir sin barba.¹⁷

Después de la muerte de Alejandro, y a pesar de la puntillosa legislación antibarbas de muchas ciudades, la moda de ir afeitado se extendió rápidamente por todo el mundo griego. Sin embargo, no todos adoptaron la nueva moda. Los intelectuales, en particular, continuaron enorgulleciéndose de sus barbas; un filósofo proclamó que si le obligaran a elegir entre afeitarse y perecer, se entregaría gustoso a la muerte. Persistía una sensación de que las barbas eran más dignas que las mejillas rasuradas. En época imperial, un visitante de una remota ciudad de

Grecia se encontró con que todos los hombres lucían barba a la manera tradicional, a excepción de un único desgraciado —se decía— que se afeitaba para impresionar a los romanos.¹⁸

Los romanos habían comenzado siendo tan barbudos como los griegos. Pero, a mediados del siglo II a. C., la élite romana, inspirada probablemente por la moda contemporánea griega, comenzó a desprenderse de sus bigotes. El gran general Escipión Emiliano, conquistador de Cartago, era recordado como el primer romano que se afeitó diariamente, y todas las figuras famosas de finales de la República y principios del Imperio siguieron su ejemplo. Julio César, que era bastante vanidoso, siempre aparecía en público muy repeinado y con las mejillas perfectamente rasuradas. Augusto dedicaba un rato cada mañana para que tres barberos trabajando en grupo le afeitasen y le recortaran el pelo. Hombres ambiciosos de todo el Imperio siguieron el ejemplo de la aristocracia, desterrando las barbas a los márgenes de la respetabilidad.¹⁹

Y entonces apareció en escena nuestro amigo Adriano. Miles de estatuas y millones de monedas proclamaron su barbada majestad; a su paso brotaron los creadores de tendencias locales y, después de cuatro siglos de desamor, los romanos abrazaron las barbas de nuevo. Durante los dos siglos siguientes, hasta que la marea fue contenida por el perfectamente afeitado Constantino, los romanos a la moda lucieron barbas de todas las longitudes y estilos, por lo general siguiendo el ejemplo del emperador reinante. Algunas veces, la barba del momento estaba cuidadosamente recortada, como la de Adriano. En otros períodos, se parecía más a la baba completa de filósofo adoptada por Marco Aurelio, o el áspero rastrojo que lucían los emperadores militares del siglo III.

Para muchos hombres griegos y romanos, manejar incluso la barba más cepillada les debía parecer algo más sencillo que afeitarse. La afeitadora habitual en el mundo antiguo consistía en una hoja de bronce o hierro, a menudo con forma de hoz, montada sobre un mango pequeño. Incluso para aquellos pocos que poseyeran espejos adecuados,²⁰ resultaba difícil afeitarse bien a uno mismo con un instrumento como aquel. Hasta donde podemos asegurar, pocos se aventuraban a

hacerlo. Los hombres ricos se hacían afeitarse por sus propios esclavos. El resto acudía a los barberos.

Aunque había unos pocos barberos de la *jet-set* que acicalaban a los aristócratas en lujosos salones, la mayoría de los barberos eran humildes comerciantes que trabajaban en pequeños establecimientos o al aire libre. Un hombre que quisiera afeitarse se sentaría en una banqueta baja y le cubrirían los hombros con un paño de lino. Le reblandecerían las mejillas con un chorro de agua y después contemplaría con sombría aprensión cómo el barbero se inclinaba sobre él, cuchilla en mano. Puesto que resultaba complicado mantenerlas afiladas, las antiguas cuchillas solían provocar tirones y rasguños cuando se deslizaban por la carne encogida. También eran propensas a derramar sangre. Aunque los clientes inflaban las mejillas para reducir el riesgo de desgarrar, todos los barberos, salvo los mejores, solían afeitarse en alguna ocasión un poco más de lo debido.²¹ Los peores de todos eran los temidos aprendices de barberos, que solían mostrar más entusiasmo que pericia y a los que en ocasiones solo se les permitía utilizar navajas desafiladas.²²

Para aquellos que desearan librarse de la barba, pero tuvieran miedo de la ordalía del afeitado, había algunas alternativas a la navaja de afeitarse. Un tirano griego, aterrizado ante la posibilidad de que le cortaran el gárgano, entrenó a sus hijas en chamuscar su pelambrea con cáscaras de nuez calentadas al rojo vivo. Otros métodos más convencionales incluían embadurnarse con resina de pino y arrancarse dolorosamente los molestos folículos pilosos. El mismo método, junto con el igualmente desagradable truco de arrancarse los pelos con una áspera piedra pómez, se empleaba para eliminar el vello corporal.²³

Algunas mujeres se afeitaban (o, mejor dicho, depilaban, rascaban con piedra o desgarraban) las piernas; un poeta romano, por ejemplo, aconsejaba a las damas que estuvieran seguras de que sus piernas estaban suaves antes de encontrarse con un posible amante. El equivalente clásico de un depilado para el bikini parece haber sido algo bastante habitual.²⁴ Menos claro resulta saber si las mujeres que no pertenecían a la élite urbana se tomaban la molestia de ocuparse de estos asuntos. Probablemente no, entre otras cosas porque sus piernas esta-

ban casi siempre cubiertas por la ropa. Los autores antiguos arrojan poca luz sobre este asunto, puesto que estaban mucho más interesados en las escandalosamente afeitadas piernas de los hombres.²⁵

Especialmente en el mundo romano, muchos hombres se quitaban gran parte o todo el vello corporal. El emperador romano Otón, por ejemplo, era famoso por los sufrimientos que soportaba a fin de mantenerse absolutamente libre de pelo. Esta práctica suponía una maraña de problemas para los tradicionalistas. Para una minoría vocal, afeitar cualquier cabello del cuerpo significaba un rechazo deliberado de la masculinidad. Al menos una vez tuvo lugar un acalorado debate público entre un filósofo peludo y un orador recién afeitado acerca de la moralidad de la eliminación del vello. Los moderados estaban dispuestos a aceptar que se pudieran depilar decentemente algunas partes del cuerpo. Los caballeros, reconocían, podían y debían acicalarse los sobacos.²⁶ Pero solo un depravado se atrevería a llegar tan lejos como para depilarse las piernas.²⁷